

que su amado no llegaba de modo alguno hasta su nivel, y guardábase la taimadísima de darle celos y mucho más de oponerse á su inevitable matrimonio. Sobradamente conocedora del mundo que habitaba y del hombre á cuyo servicio el destino la inscribiera, prefería su matrimonio con Octavia en aquellos momentos á cualquier otro matrimonio capaz de divertirle del culto profesado á la infeliz esclava, cuando amores como los de Nerón solamente podían durar lo que quisiera el capricho de su señor, según lo cual agradecíale cada visita como un inesperado favor nuevo en aquella nefasta suerte suya. Quien se había enloquecido por Acté al extremo de consagrarle temporadas enteras del amor suyo y excluir en largos períodos cualquier otro comercio y trato era Nerón, quien, para más obligarla, decíale á solas cómo ante los dioses y ante la conciencia no quería ninguna esposa y mujer sino la puesta por el destino en las vías de su vida para juntar y confundir los dos extremos de las humanas estirpes y los dos polos de toda sociedad. Nerón, enamorado por propio impulso de la sierva oriental, y por propia repugnancia de la princesa romana separado, cuando sentía el fuego que aquélla ponía en sus venas y lo comparaba con el frío que ponía ésta, sublévase contra su matrimonio, que le imponía un amor obligatorio, necesitando el amor de tanta y tan íntima é interior espontaneidad. Así es que la resistencia tenaz, contra cuya oposición se había estrellado Agripina, provenía exclusivamente de su hijo, y no de la mujer con su hijo ligada por un amor ingenuo y sincerísimo. De consiguiente, nunca le decía sobre su proyecto Acté la menor palabra y nunca le demandaba el menor sacrificio de otras relaciones indispensables á un príncipe. Acté, como si estuviera en oriental harén, resignábase á las inevitables competencias. Así en aquel, como en todos los demás encuentros con la joven, holgábase con esa serenidad y esa perpetuidad en el amor parecidas á la serenidad y á la perpetuidad del tiempo claro y bueno en los hermosos climas orientales. Y como nunca le hablaba de otra cosa que de su amor Acté; como nunca le divertía del amor con pasión alguna que no fuera el amor mismo; como nunca deslizaba peticiones en los oídos del altísimo amador y nunca se iba por el intrincado laberinto de las intrigas, amábala Nerón de modo que, á sus años, podría llamarse aquél su primer amor. No

debe, pues, maravillarnos la conversación empeñada entre los dos amantes, al verse de nuevo, tras un intermedio mayor que los transcurridos entre anteriores entrevistas.

— Creí que no acabábamos nunca los dichosos discursos en mi natural impaciencia por venir á verte.

— Yo también estaba inquieta, siquier de sobra comprenda cuán difícil debe serte romper las ligaduras que te atan al trono y venir á este recatado nido.

— En el cual me siento César de tu corazón, y reino sobre los dominios inmensos de tu alma, y oigo la música de tu voz, y respiro el pebetero de tu aliento, y empeño coloquios de amor como nunca los ideara poeta ninguno, y asisto á un teatro de verdaderas y profundas emociones, y veo pasar por tus ojos fulgurantes las líneas y los colores del ideal vivo, y encuentro en tu cuerpo la mejor estatua, satisfaciendo al par mis afectos amorosos de joven y mis propensiones incontrastables de artista.

— Nerón, ¡cuántas ternezas me dices! ¡Y cómo las creo de verdaderas y de sentidas! Nada en el mundo podría obligarte á decir las, más que los dictados imperiosos del propio corazón y los impulsos verdaderamente soberanos de la voluntad propia.

— Créete que no quiero la corona del mundo si contigo no he de compartirla.

— Renuncia, dueño mío, á tal pensamiento, que me has comunicado mil veces en los largos coloquios nuestros; pensamiento imposible de realizar, dados tus imperiales timbres y mi humildísima condición. Jamás consentiría, ni la madre que te ha parido, ni el emperador que te mandará en testamento la corona, ni el filósofo que dirija tu educación é ilustre tu entendimiento, en cosa tan incomprensible como nuestra desigual unión.

— De mi madre no respondo, pues hartó conoces el empeño suyo en casarme con Octavia y el furor suscitado por mis tenaces y calladas resistencias á sus continuos mandatos. De mi padre adoptivo, de Claudio, no hablemos: la voluntad suya está depositada en su mujer, mi madre. A Séneca lo defiendo. Séneca sabe que no podría vivir yo sin amor, y Séneca cree que una pasión como la tuya purifica el alma y la endereza con impulsos óptimos á la virtud y al bien. Tan opuesto es á la realidad lo creído por ti respecto del



filósofo, que desde su arribo ha buscado él esta casa recatadísima donde nos vemos, recabándola del afecto cariñoso de un rico patricio, su discípulo, y me ha dicho en sus lecciones cuánto me convenía fijar mi ánimo en un solo amor y preferir entre todas las mujeres á una sola mujer.

— No sé cómo comprenderte. Mil veces me has asegurado que su primer consejo á tu madre fué la indeclinable aceleración de tu matrimonio con Octavia.

— Sí, es verdad. Como hay en mí dos entidades, aconseja él en su reflexiva sabiduría lo más conveniente á cada cual de ambas; y á la entidad que se llama príncipe y que será emperador pronto, le conviene Octavia para el fin de granjearse un buen testamento del pobre Claudio; pero á esa entidad que se llama hombre, á esa entidad eterna, superior y anterior á todas las coronas, que persiste allá en las alturas mismas del poder, á esa le conviene únicamente ¡oh! el amor de Acté.

— No has menester, Nerón, tantos rodeos para decirme lo que piensa tu maestro. Piensa lo que habrá de suceder por fuerza en último término. Piensa que sea yo tu manceba y Octavia tu mujer.

— ¡Acté, no me despedaces el corazón recordándolo! Es verdad; eso piensa.

— Y ¡qué quieres! Deja decir lo cierto y proponer lo factible á mi previsión femenil. Pensando así, piensa lo mismo que todo el mundo Séneca. Imposible unir al emperador y á la esclava en el trono. Te matarían, y yo prefiero á una satisfacción como esa increíble, á la satisfacción de pasar desde un bazar y un mercado como aquellos donde me vendieran á un trono, la satisfacción mayor de verte y amarte, aunque hubieras de aborrecerme alguna vez y abandonarme por otra.

— ¡Y luego dicen por qué te amo! No sólo porque tu hermosura me dementa y me hace delirar como un verdadero insensato; porque tu alma vale más que todas las almas de todas las diosas á quienes prestamos culto en nuestros amplios y numerosos templos.

— Déjame, pues, llamarme tu sierva; pues aunque lo jures, no creo que me tengas por diosa.

— No, por diosa no; por mucho más que diosa.

— Sin duda siendo tú más que Dios, me has extraído de los abismos y me has elevado en tu amor hasta ti.

— Yo he querido hacerte mi esposa.

— No pienses, Nerón, en eso.

— A los genealogistas oficiales heles encargado demostrar cómo hija tú del Asia Menor, descienes directamente de aquellos reyes de Pérgamo que pactaron amistad con el pueblo romano; concluyendo en su culto hacia nosotros por cedernos la corona que resplandecía en sus sienes y la tierra que se dilataba bajo sus plantas. Así la sangre tuya hubiera resultado mucho más regia, mucho más antigua, mucho más romana que la sangre misma de Nerón, la cual no encuentra en sus manantiales y orígenes regiones tan sacras como la ciudad de Pérgamo ni divinidades tan seculares como tus progenitores los inmortales Atalos.

— Déjate, Nerón, de tales fantasías, y hablemos de lo único real que aquí hay para los dos; hablemos de nuestro sendo amor, en el cual pienso vivir eternamente y sin el cual moriría de seguro ahora mismo. ¿Me decías que vienes muy fatigado?

— Sí, muy fatigado vengo, á pesar de haber escogido para mi discurso algo que se relaciona contigo, con el Asia Menor, con aquella ciudad antigua de Troya, donde tuvimos la gente latina nuestra raíz, hermana de aquella ciudad de Pérgamo, en que tuvo su raíz tu gente, unas y otras frigias.

— Lo que más enamora mi ánimo en el Asia Menor es la sacra reminiscencia que á sus puertas hoy mismo se guarda de los amores entre mancebo como Leandro y la joven amorosa Hero.

— Tienes razón; bellísima leyenda.

— Y enamora mi espíritu y suspende mi ánimo y embarga mis sentidos porque se parece mucho nuestra situación á la suya.

— Tienes razón, Acté; no había caído en la semejanza.

— Yo soy la mísera Hero, y tú el enamorado Leandro. Como á ellos los apartaba en las orillas del Bósforo tracio, habitando las dos opuestas uno y otro, no el mar, allí estrechísimo, las sendas tradiciones opuestas entre sus respectivas gentes y las distancias enormes entre sus respectivas posiciones, algo análogo nos divide á nosotros. Y como Leandro atravesaba todas las noches á nado el estrecho para departir con Hero, tú atraviesas el espacio entre tu



alto Palatino y este sitio humilde para venir á verme. Y nos vemos y nos amamos como ellos se veían y se amaban. ¿Pero no sientes un escalofrío, que todos los nervios te sacude, al recordar lo sucedido á los dos amantes?

— En verdad, Acté, que me pasma lo muy oportuno del recuerdo y lo muy apropiado de aquellas circunstancias y de aquellos hechos y nuestra respectiva situación.

— Sestos era la patria y el hogar de la hermosa Hero á un lado del Bósforo, y Abydos era la patria y el hogar de Leandro á otro lado del Bósforo. Cercanos los dos pueblos como sitios á las orillas de un mar, allí como un río de angosto, habíanse apartado por necias rivalidades entre vecinos frecuentísimas. Y á pesar de aquellas rivalidades que se manifestaban en guerras y degüellos y mutuos exterminios, Hero de Sestos y Leandro de Abydos se vieron un día y se amaron. Nada me gusta en el mundo cual oír, Nerón, de tus labios el relato animado y ardiente de todas estas antiquísimas poesías. Recuerda en tu fantasía estos hechos y meditemos con reflexión ambos acerca de su trascendencia.

— En efecto, Virgilio ha cantado este amor en sus *Georgias*. El perfecto poeta y músico de la creación acierta mucho á unir la realidad viviente con la poesía ideal. De la menta que puede crecer entre las piedras en los cercados, del espliego que aroma los riscos sobre los cerros, de la blanca leche que rebosa en los odres, de los aceites destilados por la oliva, de las mieles cortadas en los colmenares, extrae con arte divino ideas poéticas en canoros enjambres, sin que pierdan por idealizados y poetizados tan reales y vivos objetos su realidad y su vida. El cántico tercero de las *Georgias* está consagrado al instinto creador que reproduce los seres. Ceñido el poeta con una corona de olivo, menosprecia los cantores guerreros; y exhala, como de pastoril zampona ó de flauta recién cortada en los cañaverales, idílicas melodías. Y estas melodías hanse avivado en el vivificante calor, cuya virtud lo mismo puebla el nido que el aprisco. Y al ver cómo la leona cruel, que parece producida por la Naturaleza para el odio, ama; y cómo la jabalina feroz, que destroza el monte y arremete al pastor, se ablanda con facilidad al celo, el poeta siente las afinidades misteriosas que llaman unos seres á otros seres, y entona un

himno lleno de casta voluptuosidad á todos los amores. Y cantando la savia que se despierta en las yemas, el aleteo de la mariposa sobre los ramos aromáticos y pintados, las miradas profundísimas de los soles á las lunas, las serenatas del ruiseñor, los relinchos de la yegua, el mugido de la vaca, el arrullo de la tórtola, recuerda que dos almas se han querido, como si concentraran en sus senos todos los amores, y han llevado tan encendida pasión allende la muerte. Poco después de habernos presentado el jabalí de la Sarina, en cuyos durísimos huesos y en cuya piel impenetrable entra el amor como en los seres más tiernos, pinta en versos inmortales de una perfección absoluta, modelos eternos del bien cantar, aquel joven frigio abrasado en sus tuétanos por el soplo ardorosísimo de un amor inmenso, y que solo, abandonado á sí mismo, escondiendo su cariño en los senos del corazón y en los senos del mar, nada y nada por el Helesponto en obscura tormentosa noche, sin cuidarse del hervor de las olas que braman y palpitan bajo su cuerpo, ni del estruendo de los cielos que truenan por medio de cien relampagueantes nubes sobre su cabeza, ni de sus padres, á quienes ha dejado para buscar tan sólo, impelido por el amor y llamado por la fatalidad, aquella hermosísima virgen de Sestos, con la cual no podrá dormir en paz, á causa del exceso de su temeridad y de su pasión, sino bajo el sueño de la muerte y sobre la tierra del sepulcro.

— ¡Cuánto me absorbe tu modo increíble de contar estos viejos relatos! Por ellos veo que tu vida está entregada por completo al culto de las artes, y que desde las alturas donde no debías encontrar nada superior á ti, ni aun los dioses, encuentras una divinidad inefable, la belleza.

— Como el recuerdo santo del amor sentido por los dos jóvenes inspiró tantas bellas estancias al primero entre los poetas latinos, el recuerdo estético de tantas inspiraciones me sugiere á mí esta elocuencia, cuyos acentos te prendan, Acté, no por sonoros, por míos.

— No sabré decirte por qué causa tal arrobamiento me sobrecoge, pero sí decirte que me sobrecoge. No podré hablarte de sus orígenes y motivos, pero sí de sus efectos y de sus resultados. ¡Continúa, Nerón; por los dioses, continúa! Tus palabras me parecen un poema; tu voz una música.

— No solamente Virgilio cantó los amores de Leandro y Hero;



cantólos también Ovidio, ese representante de los sensuales amores, por los que perdió su patria Roma y juntó á su renombre ilustre una infamia eterna. Bien es verdad que pocos idilios tan melancólicos, tan elegíacos, tan bellos como este idilio del mar. Abydos y Sestos, aunque se miran complacientes en las mismas aguas y viven bajo el mismo cielo, están separadas por hallarse la una en Asia y la otra en Europa, compartiendo así los odios mutuos entre aquellas regiones y llevando el peso de las guerras históricas entre aquellas razas. Pero el amor no conoce la historia, no estima la diferencia de pueblos, no sabe cosa ninguna de los odios seculares que hayan podido dividir á las familias en guerra: él salva los abismos, suprime las distancias, olvida los odios seculares que hayan podido separar entre sí á las familias, convierte un suspiro en el aire necesario al espíritu y hace de una mirada el cielo entero, en el cual no podrá entrar el odio y la guerra.

—Nerón, ¡cómo tu imaginación creadora suprime lo que tu voluntad omnipotente no podría suprimir, la distancia entre nosotros! Mucho te agradece tanta bondad mi pecho, siquiera sea estéril. Pero continúa, continúa la historia.

—Celebrábanse las fiestas de Venus en los jardines de Sestos. La diosa resplandecía sobre sus altares y los coros de las sacerdotizas la loaban en cánticos y odas sin fin. Entre aquellas sacerdotisas encontrábase la hermosa Hero. Verla entre las llamas sacratísimas, las cadencias armoniosas, las cítaras áureas, las cazoletas de azules y penetrantes perfumes, las guirnaldas votivas, las danzas religiosas, cantando la divinidad del amor y ofreciéndole puros holocaustos, era un espectáculo demasiado bello para que no tentase á un joven marino de alma pura y de sentimientos ardorosos. A no dudarlo, en cuanto se vieron los dos jóvenes, enamoráronse al par uno de otro; y en cuanto se amaron, debieron reconocer la imposibilidad completa de unirse con legítimo nudo en eterno amor. Pero el odio entre las dos ciudades les impedía verse para prepararse á la íntima unión. Habitante de Abydos él, vivía ella en una torre de Sestos. Él no tenía confidente alguno de su pasión: padre, mujer, compatriotas, familia y vecinos, todos la ignoraban. En cambio ella tenía de confidente su vieja nodriza. Dentro del alma suya vertía las lágrimas y al seno suyo confiaba los secretos. Así, la

nodriza encendía todas las noches aquella tenue luz que brillaba como una estrella de amor sobre la torre donde residía Hero. Los dos jóvenes se amaban con igual intensidad, y siendo suspiros suyos los pregoneros indeliberados é inconscientes del amor, tenían que ocultar esta pasión del alma, la cual trasciende por toda la exterioridad del ser, como si fuera un crimen. Leandro no podía ver á Hero sino de noche, y Hero no podía sino de noche aguardar á Leandro. Un barco, deslizándose, aunque fuese al amor de las sombras, entre las dos riberas, podía traicionar al barquero y romper el misterio: los dos amantes, por tal manera estaban seguros de la mutua imposibilidad entre los dos amores, que se convinieron en ir el uno á la torre de Sestos nadando y la otra en aguardar al pie de la torre de Sestos al intrépido nadador.

—¿No ves las analogías existentes entre tal caso y el caso nuestro? ¿No ves cómo Abydos es el palacio tuyo, de donde no puedes bajar en tu grandeza, y Sestos es el jardín mío, adonde tienes que venir y arribar á la callada y entre sombras, como si tu amor pudiese resultar un crimen y mi correspondencia natural á ese amor una complicidad contigo en ese crimen? ¡Oh! Continúa narrando, continúa narrando; pues á medida que tú hablas de tal suerte, yo por ti me intereso con extraordinario y raro interés. Habla, sí, habla; cuéntame todo eso; pues aun sabiendo el curso y el resultado de la poética leyenda, la oiré como si de una jamás oída se tratase. Habla, pues, Nerón.

—¡Cuántas dificultades ofrecían estos amores! En primer lugar necesitaba Leandro que la población de Abydos llegase á profundo sueño y no advirtiese de ningún modo su fuga, cosa poco asequible sino á las altas horas de la noche. Después debía burlar la doble vigilancia, que, por tierra y por agua, empleaban contra los vecinos y contra sus rivales aquellas poblaciones heridas por tantas guerras y atravesadas por una continua invasión. Luego que ya hubiese todos estos obstáculos vencido y superado, ¡cuántas celadas terribles podía el mar tenderle y cuántos abismos de muerte abrían sus fauces en torno suyo para devorarlo! Un viento súbito, una onda traidora, el cambio de repente, los monstruos varios que corren por las infinitas soledades del mar, los mil accidentes propios de una peligrosa natación, amenazábanle con las amenazas más



terribles y le tendían por doquier amagos de muerte. Luego, podía conocerse la marcha entre las aguas, bien por un relámpago en tormentosa noche, bien por un rayo de luna en noche serena, bien por la estela y el fósforo que su propio cuerpo produjeran en las luminosas y esplendentes superficies. Aunque había menos de una milla entre las dos riberas, el frío nocturno entumecería mucho los músculos y la corriente opuesta resistiría mucho también á los esfuerzos del nadador, aunque hábil y diestro fuera. Estas distancias marinas ¡ay!, siquier cortas, en estrechos y angostísimos, cual el Bósforo, se agrandan en cuanto, después de haberlas medido con la vista, queréis medirlas á nado. Todo lo que se acortan al contacto del ojo, se alargan al contacto del cuerpo. El joven enamorado griego hacía todas las noches dos expediciones; una de ida y otra de vuelta. Si á la expedición atractiva de ir le impulsaban los ardientes deseos y las esperanzas de hallar al otro lado satisfacciones indecibles á su amor, todo esto se tornaba en contra suya naturalmente á la vuelta, oponiéndole invencibles obstáculos, así las satisfacciones halladas como el amor intenso que lo retenían en las costas donde residiera su amada. ¿Pero qué resistencias no superan las pasiones humanas?

— Todas, menos aquellas que provienen de supersticiones arraigadísimas en la tradición y en las costumbres. Leandro pudo vencer con sus fuerzas físicas las resistencias del mar, pero no pudo vencer las resistencias del pueblo.

— Ocultar el amor é ir todas las noches al torreón de su amada, ¡crítico estado terrible!

— ¡Cuán importuna le debía parecer á Leandro la población entera de Abydos interpuesta en el camino de su felicidad! ¡Tan importuna como suele parecerme á mí la población de Roma interpuesta en el camino que debe seguir Nerón para llegar hasta mi jardín!

— Estos pueblos mediterráneos duermen poco y están siempre al aire libre. Dificilísimo, pues, el esquivar á su natural nervioso y curiosísimo un secreto de suyo tan interesante cual todo secreto de amor. Las noches en que no podía Leandro emprender su expedición, pasábalas entre insomnios más procelosos que todas las tormentas y más fatigadores que todos los nados. Para él mayor tranquilidad ofrecía la onda y la brisa que la cama. Así cuando no robaba

con facilidad el cuerpo al hogar y al pueblo natales, poníase triste y silencioso en alto escollo, deseando á un tiempo que las sombras espesaran cuando había necesidad de no ser visto y lucieran cuando había necesidad de ver. El náufrago perdido en la obscuridad horrible del mar no vió nunca el faro con la emoción despertada en Leandro por el fanal que la nodriza de su hermosa Hero encendía sobre la torre de Sestos. ¡Cuántas veces, ya resuelto, se volvería para ver si en el hogar paterno alguien velaba, ó si en la ciudad suya le seguía vigilante y sospechoso algún vecino! Cuando ya se había cerciorado de los hombres, faltábale cerciorarse de los elementos. ¿Quién le decía que la brisa más ligera y suave no se trocara en rápido y violento huracán? Las aguas palpitaban siempre y á estas palpitaciones entregaba su cuerpo. ¡Cuántas veces, ateri-do de frío, daba diente con diente, sintiendo esparcirse por todo su cuerpo el helor de los cadáveres! ¡Cuántas veces llegaba fatigado y sudoroso á los opuestos arenales después de haber pasado como un pez bajo las tumultuosas olas y tenido, al arribar, una especie de síncope que le anunciaba la muerte! A veces la hermosa luz que rielaba con tanto amor sus rayos de plata en la superficie celeste, le hacía verdadera traición y le inspiraba justo recelo de revelaciones y advertencias que hubieran podido de seguro traerle dolores irreparables á él y á su amada. Recordando entonces que la virgen Diana también amara en su vida, como los mortales y los inmortales aman, bien ó mal de su grado, y también pusiera sus puros labios en la frente de su Endimión dormido sobre la roca del Atinor, rogábale de hinojos, tendiendo sus dos brazos al disco plateado, tan hermoso en el cielo azul como en el mar calladísimo, á que le favoreciese y prosperara su difícil carrera entre los vientos y las aguas. Todo parecía conjurarse contra su amor, y no le quedaba más refugio ni podía obedecer á más impulso que á los movimientos y á los latidos de su corazón enamorado.

— ¡Feliz él, que á la postre se hallaba solo; feliz él que podía disponer entre tantas dificultades y obstáculos de su persona y de su tiempo al propio arbitrio! Si hubiera tenido en la cabeza una diadema imperial y en las manos un cetro y en los pies un trono ¡ah! nunca hubiese nadado, nunca, en aquella inmensidad.

— Por fin deslizábase — decía Nerón, — deslizábase Leandro